

LETRAS & LETRI & TRO

+Teodoro Petkoff.

70

LETRAS LIBRES
JUNIO 2015

PERIODISMO

PETKOFF, EL RESISTENTE

DOMÉNICO CHIAPPE

“Siempre ayuda”, me dice Teodoro Petkoff por teléfono, desde Caracas. “Tiene un significado político obvio que ayuda a hacerle frente con más fuerza a la situación.” Lo que ayuda es el Premio Ortega y Gasset de Periodismo con el que fue reconocido por su trayectoria profesional, y la situación es la censura a la libertad de prensa, que el director de *Tal Cual* ha desafiado desde que en 2000 fundara este periódico venezolano. Al principio, la coacción se sostenía en insultos y bravuconadas lanzados por Hugo Chávez desde su púlpito de medios gubernamentales. Poco después, fue económico. En un país dependiente de los ingresos petroleros controlados directamente por el Ejecutivo, el sector público no pautó publicidad en los medios críticos. Hoy, la censura se hace efectiva en los tribunales y Petkoff tiene, en este momento, dos causas abiertas por el hombre fuerte del régimen, Diosdado Cabello, presidente de la Asamblea Nacional.

En un pequeño ordenador, Petkoff ve la ceremonia del Ortega y Gasset vía *streaming*, y reafirma aquello que le escuché decir una noche

en la redacción de *Tal Cual*, cuando le aconsejaban no responder a las declaraciones oficiales: “El que calla, otorga.” No contempla el silencio ni la negociación encubierta, mientras continúa su actividad: “Los juicios no me afectan en absoluto”, me asegura un día después de que una jueza de Caracas le dictara, otra vez, prohibición de salida del país y la obligación de presentarse ante el juzgado cada siete días. “Continúo con mi editorial. Los temas los da la coyuntura.”

El acoso y derribo de la prensa venezolana siguió una hoja de ruta que ha logrado normalizar la mordaza. En 2003 se abrió el primer proceso judicial contra *Tal Cual* pero no prosperó, quizás porque en aquel momento el régimen todavía se empeñaba en aparentar una normalidad democrática. Tres años después, se inició un segundo juicio por un texto del humorista Laureano Márquez. El tribunal sentenció contra el autor y contra Petkoff, un antecedente que se generalizaría. “La multa superó los cincuenta mil dólares”, recuerda Humberto Mendoza D’Paola, su abogado defensor, quien, como otros colaboradores, trabaja *ad honorem*. Entonces, Petkoff ideó una colecta pública para pagarla y volcar al público contra la censura. Otros procesos llegaron cuando el periódico fue “apercibido” para evitar que

cubriera los asesinatos del fiscal Danilo Anderson o de los militares disidentes de la Plaza Altamira, y cuando desafió el decreto del gobierno que impedía publicar imágenes de la violencia callejera que asuela el país.

Para entonces, la prensa se mantenía gracias a que algunas empresas privadas desafiaban la línea oficial, pero “los juicios contribuyeron en gran medida a perder anunciantes”, asegura Mendoza. Junto a las multas, la crisis económica venezolana y el desabastecimiento de papel, la falta de publicidad acosó a *Tal Cual*, que ha tenido que reducirse año tras año y migrar a lo digital. “Subsistimos porque se recortaron significativamente los gastos—afirma Xabier Coscojuela, jefe de redacción del medio—. De 42 periodistas, quedamos diez.”

Cuando asumió el periodismo como nueva profesión, Petkoff abandonó la arena política y la pretensión de alcanzar el poder, que había intentado primero como guerrillero de izquierda y, luego, como candidato presidencial del Movimiento al Socialismo. Nunca le escuché renegar de esa decisión, aunque habría sido muy fácil para él abrazar el nuevo régimen y detentar el poder a la sombra de Chávez, como hicieron muchos de los políticos históricos. Cuando le pido comparar el

comportamiento del poder de entonces con el actual, me dice: “Cada situación tiene su marco histórico concreto pero en el fondo es la misma actividad represora. Represión pura y dura.”

El año pasado llegó la penúltima demanda del diputado y militar Cabello por “difamación agravada”. Aunque se inició por un artículo de opinión escrito por un colaborador externo del periódico, se señaló a Petkoff. Desde entonces, tiene “el país por cárcel”, como dijo en el vídeo que grabó para su difusión en Madrid. La segunda demanda del hombre fuerte del régimen se ratificó el 22 de abril de este año, pocos días antes de la entrega del Ortega y Gasset. Según la parte acusadora, existe “difamación agravada continuada” por reproducir una información que relaciona a Cabello con el Cartel de los Soles, dedicado al narcotráfico internacional, publicada en el diario español *ABC* —que cita a Leamsy Salazar, militar y jefe de seguridad del propio diputado, aislado en Estados Unidos—. Los soles son las insignias que tienen los más altos rangos militares en Venezuela. Una semana después de recibir el premio, el tribunal dictó contra Petkoff y otras veintiuna personas de tres periódicos (*El Nacional*, *La Patilla* y *Tal Cual*) nuevas medidas restrictivas. De ser hallado culpable en cualquiera de los dos procesos, como es previsible que ocurra ante la falta de autonomía del Poder Judicial, podría ser condenado a cuatro años de cárcel.

En el caso de Petkoff, con más de ochenta años, quedaría confinado en su residencia. Prisión reducida a los metros cuadrados de un apartamento, con la compañía permanente de los esbirros. ¿Qué significa para Petkoff esa posibilidad de volver a estar preso? “Bueno, chico, como dijo el filósofo aquel: como vaya viniendo, vamos viendo”, dice con su voz ronca que, aunque ahora suena cansada, no pierde esa mezcla de lucidez, valentía, humor e iconoclasia. Un tono, un brillo, una reverberación que no calla. Petkoff sigue en pie, resiste, y la opinión pública internacional observa. —

POLÍTICA HAMBRE DE DESIERTO

✎ RAFAEL GUMUCIO

Abusando de la frase de Tolstói se podría decir que todos los países prosperan más o menos igual, mientras que a la hora de corromperse cada país lo hace a su modo. En España, Bárcenas habría anotado con minuciosa letra en un cuaderno las entradas y salidas de dinero de los políticos que administraba. En Brasil una serie de políticos financiados por el gigante estatal PETROBRAS comparecieron todos juntos ante el mismo tribunal como en una sola gran fiesta de disfraces. En Chile, un país que siempre se felicitó de su legalismo, los dineros oscuros que las empresas pagaban a los políticos les eran entregados contra facturas perfectamente legales, para que el donante pudiera descontar impuestos, simulando pérdidas.

Reuniones en la oficina ante la mirada de las secretarías, que han sido las primeras en denunciar a sus jefes, empresas de papeles donde los dueños contrataban a sus esposas, operaciones a futuro que eran firmadas cuando el futuro era pasado. La corrupción a la chilena sorprende por la perfecta rutina, el total descaro con que se habría practicado a vista y paciencia de todas las instituciones que debían vigilarla. Chile era entonces el jaguar de Sudamérica, sus mercados abiertos y su estabilidad política lo hacían crecer al 7%. El exyerno de Pinochet, que privatizó para su propio interés SOQUIMICH, la mayor empresa de minería no metálica del mundo, no dejó de ser quien era y de venir de donde venía, todos los años en que Chile fue para los periodistas del mundo un ejemplo de democracia y mercado floreciente. La extrema concentración del poder económico en manos de excolaboradores de la dictadura parecía encontrar en la financiación bajo cuerda de candidatos y partidos de centro izquierda un sano equilibrio que se rompió no por la presión de la prensa, ni por la indignación del pueblo oprimido, sino por el despecho de un empleado de confianza que pidió una suma

razonable por seguir callado y que no recibió de sus jefes más que desprecio y postergaciones.

¿No es eso lo que les pasó a españoles ayer no más y a los chilenos ahora mismo: la sensación de que los jefes, los dueños de todos, no nos dieron el suficiente soborno para seguir callando y aguantando? Somos todos esos empleados o esos socios que denuncian la trama de la que éramos parte hasta que alguien nos recordó que a la hora de los jueces no éramos iguales. No es solo un azar que estos escándalos estallen cuando Chile crece al 2 ó 3%, que esos escándalos florecieron en la Península cuando España se hundía por debajo del 0% de crecimiento anual.

Los españoles, como los chilenos, estaban dispuestos a aguantar la prosperidad alarmante de algunos, mientras cada año su vida mejorara un poco, mientras sus hijos vivieran una vida mejor que la suya. Es eso lo que se rompió, la rueda de la fortuna que detenida nos hizo ver que había un arriba y un abajo, que estaban “ellos” arriba, y “nosotros” abajo, un orden que solo los tribunales de justicia y la prensa pueden quebrar por un instante haciendo que ellos pierdan lo único que podemos quitarles: el honor. Eso que Pierre Bourdieu de manera menos elegante llamaba el capital simbólico, el único que a la postre los multimillonarios chilenos no han podido comprar del todo porque una parte de este tiene la gracia y la desgracia de no poder venderse o comprarse.

El capital simbólico ha entrado en una etapa de especulación y quiebras que es un especie de eco de la crisis del capital financiero del 2008. Un escenario al mismo tiempo carnavalesco y apocalíptico que se repite de país en país pero que parece en cada cual completamente nuevo. En Chile las redes sociales hierven de denuncias e insultos a toda hora. Los dueños de los medios de comunicación no logran controlar ni a sus periodistas. La presidenta echa a sus ministros en directo en una entrevista con un animador de bailongos sabatinos, dándose a sí misma 72 horas para elegir nuevos ministros. Todas las encuestas hablan de un ansia profunda de

cambio en la sociedad chilena, pero subrayan también el deseo intenso de los chilenos de quedarse en su casa, sin que nadie les obligue a participar en la vida pública.

Esto que debería ser una fiesta, esto que se supone es un carnaval, no parece producir la alegría que se espera. Las ideas desertan la pelea, las librerías están cada vez más vacías, un recital punk mata a diez jóvenes que quieren entrar sin pagar, las dos películas chilenas más taquilleras, *El bosque de Karadima* y *El club*, son denuncias de la pedofilia del clero. En demasiado sentidos la transparencia es lo contrario de la desnudez. Mientras que la desnudez invita a que la vistamos con los ojos, mientras que la desnudez es también un disfraz, la transparencia es el vidrio estéril donde nos miramos la cara. La desnudez excita el Eros; la transparencia excita el Tánatos. Para el que ama la transparencia la piel también es una máscara. Sueñan con cuerpos de vidrio donde se pueden observar a simple vista las venas, el estómago, los intestinos haciendo su trabajo. Si nos pudiéramos ver así, en total transparencia, no podríamos desear.

El deseo que está en el origen de todas las especulaciones, que es el centro de la economía de mercado, de la propaganda y del arte, tarde o temprano lleva a la corrupción. Lo sabían los cátaros ayer y lo saben los veganos de hoy: solo si se elimina el deseo se pueden eliminar la explotación y la crueldad. No es extraño que las utopías más existosas entre los jóvenes de hoy pasen justamente por limpiar el cuerpo, por vivir en comunidades pequeñas, gastar poco, ganar poco y evitar infligir y sufrir cualquier dolor, es decir, cualquier placer.

Los desiertos son incorruptibles, mientras que en la selva todo se pudre y transforma, todo se devora a sí mismo y al resto, todo está siempre cambiando a fuerza de parásitos y amebas. En el desierto todo lo que cae se queda ahí conservado en la inmensidad. Del desierto viene Isis. No es raro que después de décadas en que se nos impuso la ley de la selva surja entre los jóvenes una cierta necesidad de desierto. Después de descubrir que la verdad era solo una

posibilidad del marketing, es normal que la sed por algo o alguien que no mienta esté al orden del día. Otras generaciones querían mejorar esa ficción que es la democracia y la igualdad, hoy pareciera ponerse en cuestión la posibilidad misma de cualquier ficción. La lucha por la transparencia, la obsesión por poner entre la espada y la pared a los corruptos no puede nacer de un impulso más sano, pero suele terminar en un cinismo peor del que escapa, al poner en el mismo saco las mentiras y las metáforas, los secretos y el pudor, el abuso y la impotencia como único poder que se puede respetar. La selva es cruel pero el desierto es estéril. Pasar de un clima extremo a otro parece ser nuestro destino. —

LITERATURA

ROBERTO ARLT: EL ODIOS DE LAS BESTIAS

ALEJANDRO BELLOTTI

Durante mucho tiempo, los textos periodísticos de Roberto Arlt constituyeron un territorio marginal y menor para la crítica. En principio porque no eran considerados apéndices del cerco literario. Muchos años pasaron para que la obra de Arlt en su conjunto fuera valorada. De cierta manera, todo empezó con David Viñas y su artículo “El escritor vacilante: Arlt, Boedo y Discépolo”, recogido luego en *De Sarmiento a Cortázar* (1974). Allí, el investigador propone una interpretación de Arlt que hará escuela y prepara la canonización que llegará luego de las relecturas de Óscar Masotta, Noé Jitrik, y más tarde Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia, la academia toda.

Las publicaciones de Roberto Arlt abarcan veintiséis años, desde 1916, cuando publicó sus primeros textos en la *Revista Popular* de Juan José de Soiza Reilly, hasta la última aguafuerte, “El paisaje en las nubes”, publicada por *El Mundo* un día después de su muerte, el 26 de julio de 1942. En la multiplicidad de géneros y lenguajes explorados hay, sin embargo, un estilo que resulta reconocible desde la primera línea; tics y ritmo confluyen en la prosa arltiana, donde sus frases ininteligibles decantan como epígrafes metafísicos.

Algunas de las recurrencias de lo que se conoce como el “estilo Arlt” se volvieron evidentes para quienes leyeron sus escritos en el momento mismo de su publicación, incluso para los que años después leímos las irregulares ediciones que buscaron domesticarlo corrompiendo los originales. “Se dice de mí que escribo mal. Es posible. De cualquier manera, no tendría dificultad en citar a numerosa gente que escribe bien y a quienes únicamente leen correctos miembros de su familia. Para hacer estilo son necesarias comodidades, rentas, vida holgada. Pero por lo general, la gente que disfruta de tales beneficios se evita siempre la molestia de la literatura”, escribió Arlt en el prólogo a *Los lanzallamas* (1931).

Arlt inaugura el siglo con un nuevo tipo de intelectual: el escritor/periodista. Los medios masivos desperdigándose como reguero de pólvora por una ciudad que se moderniza. En febrero de 1927, seis meses después de publicar *El juguete rabioso*, consigue un puesto de redactor de policiales en *Crítica*, diario regentado por el legendario Natalio Botana, un William Hearst del subdesarrollo. Dura poco, y en agosto de 1928 aterriza en *El Mundo*, el primer diario del país en formato tabloide. Allí combina su trabajo periodístico con las piezas literarias que confecciona en el solitario horario nocturno de la redacción. Periodismo y literatura son para él dos actividades que se conectan de manera natural. En ese espacio de retroalimentación escribe las aguafuertes, notas en un registro descarnado sobre situaciones y personajes estrangulados por la cultura urbana. Durante los catorce años que estuvo en *El Mundo* escribió unas mil quinientas aguafuertes. Las primeras se llamaron “porteñas” por estar justamente ancladas en la ciudad de Buenos Aires. Pero al poco tiempo Arlt se transformará en un cronista viajero, y las aguafuertes irán variando su adjetivación para dar cuenta de los nuevos rumbos: aguafuertes uruguayas, patagónicas, españolas, etcétera.

Arlt es un cronista con pasión de cartógrafo que practica un realismo atolondrado. Escribe los apuntes costumbres al paso, toma para sí lo que necesita y lo vuelca en palabras. Los marginados del sistema atrapan

su atención: las putas, los transas, los cafishios, los inmigrantes, los chorros, los huérfanos, los buscas. La valorización del lenguaje adquiere preponderancia: solo el argot rastrero revela lo auténtico. ¿Qué hay de los yerros que espantan a la platea? Arlt también es un marginado, negado por los escritores integrados, quienes lo rechazan por precario, por portar un apellido impronunciable, por su educación difusa y los malos tratos para con la lengua. De manera que Arlt traduce el habla del pueblo. De ello da cuenta la nota “El idioma de los argentinos”, en la que cruza guantes con José María Monner Sans, exponente de la alta cultura, quien acciona una campaña de depuración de la lengua. Arlt responde reivindicando la creatividad del habla popular, que compara con las destrezas desviadas en la práctica del boxeo, oponiéndolas a las técnicas europeizantes del box de salón.

Múltiples registros nos son vedados en las crónicas arltianas. Arlt es un renegado, y como tal escudriña la ciudad, como un desterrado, con mala tripa y la desolación a cuestas. En un momento en que se imprimen como clima de época la clausura del sueño democrático y la irrupción del militarismo totalitario, Arlt mama de esas tensiones y las resuelve con el odio de las bestias. Roberto Arlt es hijo de la gigantesca oleada migratoria que entre finales del siglo XIX y principios del XX redefinió Buenos Aires. Una ciudad que plastificó el esqueleto con fábricas, burdeles, conventillos, bares y teatros. Esta es la ciudad que aparece en los textos de Arlt, y desde luego que allí no hay lugar para el paseante de Baudelaire, para ponerse a flotar (“Entre los ruidos de un edificio social que se desmorona inevitablemente, no se puede pensar en bordados”). Arlt extiende los tentáculos de su frustración y oficio de mensajero de las malas noticias.

Con chispazos de iluminación profética, los escritos de Arlt se adelantaron a su tiempo: la sociedad de control y del biopoder, la alienación del hombre contemporáneo, las consecuencias fascinantes a la vez que amenazadoras de la modernidad tecnológica. Con pases de embrujo, condensó los ingredientes para anticipar

a Orwell y referirse al “vacío existencial” mucho antes de Sartre. Arlt también fue pionero de lo que a partir de Walsh con *Operación masacre* (1957) se llamó *ficción periodística* o *novela de no ficción*. Digámoslo así: no hay escritor argentino que no haya mamado del influjo arltiano. Ninguno.

Arlt no nombró con un nuevo lenguaje a la ciudad que nacía, como muchos suponen. Entregó los planos de una ciudad que no ha germinado aún. La ciudad proyectada de Arlt sigue estando ahí, en el futuro, esperando ser develada. La ciudad de Arlt es una ciudad póstuma. —

EUROPA

¿QUIÉN TEME AL TTIP?

RICARDO DUDDA

En mayo de 2014, el programa de humor *Heute Show* de la cadena alemana ZDF emitió un *sketch* en el que un reportero comía en la cocina de la Casa Blanca unos *nuggets* de pollo con sabor a cloro. Se trataba de una clara referencia a Estados Unidos, donde el proceso de desinfección del pollo se realiza con productos químicos, entre ellos el cloro. En mitad de las negociaciones del TTIP, el tratado comercial entre Estados Unidos y la Unión Europea, el miedo

a que productos como la carne hormonada, el pollo “clorado” o alimentos transgénicos invadan Europa roza la paranoia, y ha conseguido que en el debate público sobre el tratado, que se negocia desde julio de 2013 y todavía no ha alcanzado más que un acuerdo general, el “no” vaya ganando.

El proceso de desinfección con cloro no es menos seguro que otros procedimientos. La Unión Europea, sin embargo, sigue el principio de precaución que le ha hecho prohibir los transgénicos a pesar de que no existen pruebas concluyentes sobre sus consecuencias negativas para la salud. Los contrarios al acuerdo temen que la desaparición de barreras no arancelarias entre Estados Unidos y la Unión Europea —estándares de calidad o salud, requerimientos técnicos o de etiquetación, cuotas y regulaciones que evitan la importación de determinados productos— suponga una relajación de los criterios sanitarios del continente. Pero no solo eso. Sindicatos, ONGs y partidos ecologistas consideran que la desregulación que implica el tratado pondrá en peligro la educación y la sanidad públicas, los derechos laborales, el medio ambiente, la privacidad y, en definitiva, los pilares de la Unión Europea.

El secretismo en las negociaciones no ha contribuido a erradicar esos



miedos. La percepción de que se estaban tomando decisiones a espaldas de los ciudadanos aumentó la sensación de que eran antidemocráticas. Y esa falta de transparencia creó un vacío que sirvió para que los detractores del acuerdo –el sector agrario, partidos verdes y antiglobalización, mayoritariamente– monopolizaran el debate: del TTIP solo se sabía que era malo.

La unión comercial entre Estados Unidos y la Unión Europea, que representan más de la mitad de la riqueza mundial, liberalizará un mercado de más de ochocientos millones de consumidores. El acuerdo implica la eliminación de aranceles y la reducción, armonización e incluso eliminación de barreras no arancelarias. Los aranceles que hay actualmente entre Estados Unidos y la Unión Europea son ya muy bajos (según la Comisión Europea, un 3% de media), aunque en algunos sectores protegidos son mucho más altos. El núcleo del acuerdo está, por lo tanto, en la reducción o eliminación de regulaciones que ambas partes consideran innecesarias, en la unificación o armonización de estándares. Ante las críticas sobre las posibles consecuencias de esta desregulación, la Comisión Europea ha establecido unas líneas rojas: la sanidad y la educación públicas no forman parte de las negociaciones, los países miembros son los encargados de gestionar sus servicios públicos; los estándares sanitarios y de alimentación se van a mantener; se respetará la excepción cultural; el comercio con un país que no suscribe todas las indicaciones de la Organización Mundial del Trabajo –Estados Unidos– no implica la eliminación de derechos laborales en Europa; el Parlamento Europeo y los países miembros tienen la última palabra.

Pero hay razones para el escepticismo. A principios de este año la Comisión Europea publicó los resultados de una encuesta pública sobre el ISDS (arbitraje de diferencias Estado-inversor): un 97% estaba en contra. El ISDS es una cláusula incluida en la mayoría de acuerdos comerciales que permite a un inversor buscar una compensación económica si considera que un Estado ha vulnerado sus derechos de inversión. Cualquier disputa entre

un inversor y un Estado que ha cambiado las reglas del juego –se descubre que un producto de la empresa X es peligroso para la salud, y el Estado decide prohibirlo– se dirimirá en un tribunal de arbitraje y no en los tribunales ordinarios del Estado. El ISDS no garantiza la eliminación de la ley que afecta al inversor, pero sí exige una compensación económica –que no deja de ser un gasto para el contribuyente–. Este instrumento se ideó en 1959 en un acuerdo bilateral entre Alemania y Pakistán para garantizar la seguridad jurídica y evitar expropiaciones o cambios repentinos y arbitrarios de la legislación. Tiene sentido en países inestables, no tanto en un tratado entre la Unión Europea y Estados Unidos. No son pocas las organizaciones y *think tanks* –incluido el libertario Cato, poco sospechoso de tener una postura en contra de las empresas– que recomiendan su eliminación total. La comisaria de comercio de la UE, Cecilia Malmström, ante las críticas, ha propuesto reformarlo.

Como ocurre siempre en política, el TTIP crea ganadores y perdedores. Según un estudio del European Council on Foreign Relations (ECFR), los sectores ya fuertes en Europa se beneficiarán (automóviles, construcción, finanzas), mientras que otros, como el agrario, se verán perjudicados, al igual que los países que exportan a la UE los mismos productos que exporta Estados Unidos. La clave, según ECFR, está en compensar a los perdedores como se hizo tras la creación del mercado único en 1992: los fondos de la unión aumentaron el doble para ayudar a los más desfavorecidos por la integración.

Donde sí hay más consenso es en la importancia geopolítica del tratado. Algunos hablan de una OTAN económica, otros de un orden mundial liberal reforzado frente a China o Rusia. Como dice Peter Van Ham del Clingendael Institute, “el TTIP no es solo un acuerdo de libre comercio, sino que une a países que confían en sus instituciones y están dispuestos a defender su modo de vida frente a poderes cada vez más competitivos”. Javier Solana y Carl Bildt afirman en un artículo en Project Syndicate que “aún más



apremiantes que los beneficios de la consecución de un acuerdo son las consecuencias potencialmente catastróficas del fracaso.” Mientras se negocia un tratado comercial (el TPP) entre Estados Unidos y varios Estados americanos, del Pacífico y Asia, Europa debe profundizar en su alianza atlántica para no quedar fuera del nuevo orden mundial: “si el TTIP se estanca o se desploma, mientras el TPP avanza y triunfa, el equilibrio mundial se inclinará marcadamente a favor de Asia”.

La Comisión Europea confía en llegar a un acuerdo antes de que termine la presidencia de Barack Obama, pero es difícil. Queda mucho por debatir –la próxima reunión es en julio–, pero al menos ahora sabemos que el pollo clorado no está en la mesa, y que si lo estuviera no sería, ni por asomo, lo más preocupante del tratado. –

PRIVACIDAD

LOS FILTRADORES DE SECRETOS

✎ MARIANO GISTÁIN

Los bancos son el Estado precisamente porque lo eluden. Estados y bancos producen el contenido para la vida íntima diaria; segregan el aire y las normas que respiramos. Hasta aquí puedes pensar, sentir, soñar.

Estas contaminaciones cruzadas devoran el minuto de vida íntima, que se refugia en WhatsApp. El móvil es el alma, siempre vigilada por el Estado,



las agencias secretas, los bancos y sus entes intermedios. En este magma de presiones omniscientes, los que arrebatan los secretos del poder son héroes íntimos, acaso impronunciables, impensables: Chelsea Manning, Julian Assange, Edward Snowden, Hervé Falciani... Da miedo hasta nombrarlos, quien los nombra queda fichado. Por eso hay que mencionarlos, una y otra vez.

Si mencionas a los que han desafiado al sistema se te anota en tu nube, se registra en tus preferencias de usuario y se guarda para siempre en tu ficha. En teoría puedes borrar ese historial infamante ante la nueva Inquisición, pero sabes que jamás se destruirá. Bien mirado, ese registro policiaco de clics te sobrevivirá, quizá es la inmortalidad *low cost*. Además, borrar, navegar anónimamente o encriptar los emails ya son indicios para la sospecha. Y exigen trabajo, tiempo. En un universo de vigilancia preventiva no sabes bien dónde puede estar el delito. Mejor no hacer nada, evitar ese clic, ese ínfimo apoyo, esa mención a los proscritos. Mejor no pensar. O, mejor aún, pensar en la línea oficial, mecerse en los dogmas de Estados, agencias secretas, bancos. Vivir sin vida propia, acatarlo todo, como siempre. Es un poco orwelliano, o muy orwellante, pero pensar requiere tiempo. Y quizá el satélite detecte tu calor cerebral. Las máquinas ya vienen con su sistema de vigilancia de serie, el agujero trasero, entre comercial y político, su cordón umbilical que nunca se rompe.

El control es el medio. Y solo por eso, o precisamente por eso, por haber

llegado tan lejos, y tan cerca, tan adentro (al alma, que es el móvil, tus clics), hay que recordar que el primer servicio de los filtradores de secretos es la verdad. El primer servicio de los divulgadores de secretos es su decisión de contar cómo funciona el poder. Cosas inaccesibles, imaginadas, que gracias a ellos salen a la luz. Luz y pantallas.

El núcleo de este universo vigilado es Guantánamo (el cuento de Kafka “En la colonia penitenciaria”). El paradigma del horror interior lo arrastra el presidente Obama, que prometió cerrar ese no lugar ajeno a la ley; lo prometió y no ha podido cumplirlo, porque él mismo es el primer preso del gallinero atroz. Parecía fácil cerrar ese pudridero. Estamos en un Guantánamo interior, agujero negro del que nada sale. Cada persona, por omisión, aunque sea de clics, ha permitido ese espanto que desborda a Kurtz y sus tinieblas; cada persona convive y tolera ese mal menor que ensucia el universo hasta el big bang, ida y vuelta. La tortura volante privatizada, las cárceles secretas. Pero, en fin, a qué meterse. *Delete file*.

Estados y bancos son lo mismo, y la prueba es el malestar que produce esta afirmación gratuita. No solo los bancos “sistémicos” (la propia definición, la propia jerga doctrinal, inapelable, que obviamente proviene de ellos); también los bancos centrales derivados de los Estados, de la Unión Europea, y el colofón, el FMI, el Banco Mundial; los bancos decretan, adoctrinan y mandan más que

sus propios progenitores, aquellos Estados de los que se emanciparon.

Cuanto más asumimos estas cosas como inevitables, más valor tienen las revelaciones de nuestros queridos filtradores impronunciables. Esas fugas de secretos que han propiciado Manning, Assange, Snowden, Falciani son los únicos indicios que nos llegan sobre la realidad. Si no fuera así, no los perseguirían con tanta saña. Si no fuera así, no legislarían a toda velocidad para prevenir y dificultar cualquier nuevo desafío.

Luego los condecorarán, cuando ya nadie recuerde cómo eran aquellos días en los que Estados y bancos decretaban hasta el mínimo pensamiento posible. Como han homenajeado a “garganta profunda” de Watergate, mil películas después de los hechos. En la lista de los filtradores hay que incluir al hombre que fotografió en México al que se aprovechaba de su cargo público para pasear con su familia en helicóptero oficial; a los sufridos españoles que vienen denunciando las tramas de corrupción como la Gürtel y que sufren toda clase de oprobios.

Ahora veamos el otro lado. La amenaza es persistente, el Califato inunda YouTube; sus proclamas fascinan a chiflados, reclutan asesinos y pueden seducir a adolescentes en nuestra retaguardia: el enemigo interior, infiltrado. ¿Cómo no vigilar todo eso, cómo no auscultar a cada persona, si es tan fácil? En el documental oscarizado de Laura Poitras sobre Snowden, *Citizenfour*, se explica muy bien esa facilidad para vigilarnos a todos. Richard Stallman lo advierte desde hace años.

Vale, OK, admitimos, por desidia o angustia o prisa o miedo esa vigilancia total. Miedos cruzados: a los malos y a los buenos, nuestros queridos Estados policiales giratorios. Incluso habiendo cedido y aprobado tácitamente (nadie nos pregunta) esa intromisión preventiva indefinida, necesitamos que alguien, de vez en cuando, diga algo diferente. La propia salud del sistema requiere que alguien arroje al exterior un poco de contenido secreto. Aunque sea para blindarse y reforzarse y hacerse más elástico, el sistema granhermanista necesita soltar algo de sí mismo. Para aliviar su propia pesadez. En última instancia, los filtradores sirven para que el mismo sistema sepa qué está haciendo. —